

omnia, ut ejus comparatione, Martha sollicita dici possit circa pauca (8).

Vita securior

Porque tiene menos peligros. En la vida activa en su casi totalidad, el alma está agitada y febril y desparrama sus energías, con todo lo cual va debilitándose.

Además encierra tres defectos: *Sollicita est* (9); las preocupaciones del pensamiento, *sollicitudines in cogitatu; turbaris*; estas turbaciones dan lugar a las afecciones, *turbationis in affectu*; por último, *erga plurima*, multiplicación de sus ocupaciones con la consiguiente división del esfuerzo y de los actos, *divisiones in actu*. En cambio, para que exista la vida interior, basta una sola cosa: La unión con Dios. *Porro, unum est necessarium*. Lo demás pasa a la categoría de secundario, y se realiza en virtud de esa unión y para más robustecerla.

Vita opulentior

Con la contemplación vienen todos los bienes: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa* (10). Es

(8) Marta en un solo lugar se dedica a reducidos trabajos corporales. María, en virtud de la caridad trabaja en distintos lugares y en numerosas obras. Por la contemplación y amor de Dios, todo lo ve, a todo se extiende, todo lo comprende y abraza. Puede decirse, pues, que en comparación de María, Marta se inquieta por poca cosa (Ricardo de San Víctor, in Cant. 8).

(9) Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad, una sola es necesaria. (Luc., X, 41 y 42).

(10) Todos los bienes me vinieron juntamente con ella. (Sabad. VII, II).

la parte mejor entre todas: *Optimam partem elegit* (11). Todos los méritos afluyen a ella. ¿Por qué? Porque aumenta a la vez el brío de la voluntad y los grados de la gracia santificante y hace que obre el alma por un principio de caridad.

Vita suavior

El alma verdaderamente interior hace un total abandono de su voluntad en la voluntad divina, y acepta con igual semblante las cosas agradables y las adversas, llegando hasta recibir con una sonrisa las aflicciones, porque se siente feliz de llevar su cruz.

Vita stabillior

Por muy intensa que sea, la vida activa termina en este mundo: predicaciones, enseñanza, trabajos de todas clases, todo cesa en el umbral de la eternidad. En cambio la vida interior jamás declina: *Quae non auferetur ab ea*. Por ella nuestra vida en este mundo no es sino una continua ascensión hacia la luz, que la muerte hace más radiante y rápida.

Podemos resumir las excelencias de la vida interior con estas palabras de San Bernardo:

“En ella el hombre vive con más pureza, cae más raras veces, se levanta con más rapidez, camina con mayor seguridad, recibe mayor número de gracias,

(11) Ha escogido la mejor parte que no le será quitada. (Luc. X, 42).

descansa con más tranquilidad, muere más confiado, es más inmediatamente purificado y obtiene una recompensa mayor (12).

2. *Las Obras deben ser el desbordamiento de la Vida interior*

Sed perfectos como lo es vuestro Padre que está en los cielos (13). El modo de obrar de Dios, guardada la debida proporción, debe ser el Criterio y la Regla de nuestra vida interior y exterior.

Dios por naturaleza es repartidor de dádivas, y es un hecho comprobado que en el mundo distribuye con absoluta profusión sus beneficios sobre todos los seres, particularmente sobre la criatura humana. Así desde hace millares, si no millones de siglos, el universo entero es el objeto de esa inagotable prodigalidad que derrama incesantemente sus gracias. Sin embargo, Dios no se agota ni empobrece y esa munificencia inexhausta suya no aminora sus recursos infinitos.

Dios da al hombre algo más que los bienes exteriores. Le envía su Verbo. En ese acto de suprema generosidad, que no es otra cosa que el don de sí, Dios nada abandona, ni puede abandonar de la integridad de su naturaleza. Nos da su Hijo, pero conservándolo siempre en Sí mismo. *Sume exemplum*

(12) Haec (vita) sancta, pura et immaculata, in quo homo vivit purius, cadit rarius, surgit velocius, incendit cautius, erogatur frequentius, quiescit securius, moritur fiducius, purgatur citius, praemiatur copiosius. (S. Bernard. Hom. Simile est. Hom. neg.).

(13) Mat. V, 48.

de summo omnium Parente, Verbum suum emittente et retinente (14).

Por los sacramentos, y especialmente por la Eucaristía, Jesús nos enriquece de sus gracias. El las vierte sin medida sobre nosotros porque es un Océano sin orillas que se desborda sobre nosotros sin llegar a agotarse: *De plenitudine ejus omnes accepimus* (15).

Así, a nuestra manera, debemos proceder los hombres apostólicos que aceptamos la noble tarea de santificar a los demás: *Verbum tuum, consideratio tua, quae si procedit, non recedat* (16); el verbo nuestro es el espíritu interior que la gracia ha formado en nuestras almas. Este espíritu debe dar vida a todas las manifestaciones de nuestro celo, y como se gasta constantemente en provecho ajeno, deberá ser incesantemente renovado con los recursos que nos ofrece Jesús. Así, nuestra vida interior será como el tallo lleno de savia vigorosa, y las obras que ejecutemos, su eflorescencia.

A toda alma de apóstol debe inundar la luz e inflamar el amor, antes que ella con sus reflejos ilumine y caldee a los demás. *Lo que vieron con sus ojos y palparon con sus manos, enseñarán a los hombres* (1, Juan, I, 1). Su boca derramará en los corazones la abundancia de las dulzuras celestiales, dice San Gregorio.

(14) Toma por modelo al soberano Señor de todas las cosas, que envía su Verbo y lo retiene al mismo tiempo (San Bern. I, II de Cons., c. III).

(15) Todos hemos recibido de su plenitud (Juan, I, 16).

(16) Tu Verbo es tu consideración. Puede alejarse, pero sin salir de ti (S. Bern. I, II de Consid., c. III).

Podemos ya deducir este principio: LA VIDA ACTIVA DEBE PROCEDER DE LA VIDA CONTEMPLATIVA, TRADUCIRLA Y CONTINUARLA AL EXTERIOR, SEPARÁNDOSE DE ELLA LO MENOS POSIBLE.

Los Padres y Doctores proclaman a porfía esta doctrina.

Priusquam exeat proferentem linguam, dice San Agustín, ad Deum levet animam sitientem, ut eructet quod biberit, vel quod impleverit fundat (17).

Antes de comunicar hay que recibir, escribe el Seudo-Dionisio (Coel. hier. c. III) y los ángeles más elevados no transmiten a los que están más bajos, sino las luces cuya plenitud recibieron. El Creador ha establecido en las cosas divinas un orden, en virtud del cual aquel que tenga la misión de distribuir las, debe participar antes de ellas, y henchirse con toda abundancia de las gracias que Dios quiere conceder a las almas, por su conducto. Solamente entonces estará autorizado para comunicarlas.

¿Quién no conoce esta frase clásica de San Bernardo dirigida a los apóstoles? Si sabes obrar con cordura, sé concha y no canal. *Si sapis, concham te exhibebis non canalem* (Serm. 18, in cant.). Por el canal corre el agua sin dejar una gota. El depósito, en cambio, una vez lleno, deja correr lo que le sobra para fertilizar los campos. ¡Cuántos que se consagran a las obras no son sino canales, y quedan completamente secos precisamente cuando están empeñados en fecundar los corazones! *Canales multos hodie habemus,*

(17) Todo apóstol, antes de dar suelta a la lengua, debe elevar a Dios con avidez su alma, para exhalar lo que bebiere y distribuir su plenitud (S. Agus. Doc. Chris. 1, IV).

conchas vero perpaucas (18), agregaba con tristeza el Santo Abad de Claraval.

Siendo toda causa superior a su efecto, es necesaria mayor perfección para perfeccionar a los demás que para perfeccionarse a sí mismo (19).

Una madre no puede amamantar a su hijo si no se alimenta ella; del mismo modo, los confesores, directores de almas, predicadores, catequistas y profesores, deben de *antemano asimilar* la sustancia de que han de alimentar después a los hijos de la Iglesia (20). La verdad y el amor divinos son los elementos de esta sustancia. Sólo la vida interior interpreta la verdad y la caridad de Dios de una manera eficaz para hacer de ellas un alimento capaz de engendrar la vida.

3. *La Base, el Fin y los Medios de toda Obra deben estar impregnados de la Vida interior*

Debemos completar el encabezamiento agregando: de toda Obra digna de ese nombre. Porque algunas de las de nuestros días no merecen ese apelativo.

Son más bien empresas organizadas al margen de la piedad, con el designio de procurar a sus autores

(18) Hoy hay en la Iglesia exceso de canales y pocos depósitos. (S. F. n. *ibid.*).

(19) Manifestum est autem majorem perfectionem requiri ad hoc quod aliquis perfectionem aliis tribuat quam ad hoc ut aliquis in se ipso perfectus sit, sicut majus est posse facere aliquem talem quam esse talem et omnis causa potior est suo effectu. (D. Thom. Opusc. de perf. vit. spir.).

(20) Oportet quod praedicator sit imbutus et dulcoratus in se, post aliis proponat (S. Bonav. Illus. Eccl. serm. 17).

aplausos y fama de personas hábiles, y para cuyo desarrollo se ponen en práctica toda clase de medios, aun los menos justificables.

Hay otras obras dignas de mayor estima. En ellas se busca el bien; el fin que persiguen y los medios que se emplean son irreprochables, pero a pesar de los esfuerzos empleados, sus resultados son nulos o casi nulos, porque sus organizadores no tienen fe en la influencia de la vida sobrenatural sobre las almas.

Para formarnos una idea exacta de las características que debe reunir una obra, cederemos la palabra a un hombre que ha dejado las huellas brillantes de su apostolado en toda una región, recordando la lección que nos dio al principio de nuestro ministerio sacerdotal. Se trataba de fundar un Patronato de jóvenes. Después de haber visitado los Círculos Católicos de París y de otras capitales francesas, las Obras de Valdes-Bois, etc., nos trasladamos a Marsella para estudiar las obras de jóvenes, del Santo Presbítero Allemand, y del venerable Canónigo Timon-David. Con qué emoción nuestro corazón de sacerdote recién salido de las aulas recogió las palabras, que reproducimos, del Santo Canónigo:

“Bandas de música, teatros, proyecciones, gimnasia, juegos, etc., no los censuro. En mis comienzos, yo también los creía indispensables; son puntales que se emplean para sostener la obra, a falta de otros. Pero al correr de los años, he acudido a medios sobrenaturales, porque cada día que pasa veo con más claridad que toda obra construída con elementos puramente humanos está llamada a desaparecer, y en cambio las obras que acercan los hombres a Dios por

medio de la vida interior, tienen las bendiciones de la Providencia.

"Hace tiempo que dejé en el desván los instrumentos de música; el teatro también me resulta inútil, y la obra prospera como nunca. ¿Por qué? Porque mis compañeros sacerdotes y yo vemos, gracias a Dios, más claramente que al principio, y se ha centuplicado nuestra fe en la acción de Jesús y de la gracia.

"Créame; apunte siempre lo más alto posible y quedará maravillado de los resultados. Me explicaré. No confíe su ideal en la elección de distracciones honestas que ofrecer a los jóvenes, para alejarlos de los placeres prohibidos y de las relaciones peligrosas, ni tampoco en darles un barniz de cristianismo a base de una misa que muchas veces oyen maquinalmente o prepararlos de tarde en tarde para confesión y comunión.

"*Duc in altum* (21). Aspire en un principio a formar a toda costa un grupo selecto, inculcándoles la resolución de vivir a toda costa como cristianos fervorosos, haciendo oración todas las mañanas; oyendo la misa diaria; si es posible, un poco de lectura espiritual y, desde luego, la comunión con el mayor fervor y frecuencia posibles. Ponga todo su empeño en inculcar a esa porción escogida un gran amor a Jesucristo, y el espíritu de oración, de abnegación, de vigilancia sobre sí, en una palabra, de las más sólidas virtudes. Excite en sus almas, con idéntico celo, el amor a la Eucaristía. Y luego empújelos a actuar sobre sus compañeros, forme apóstoles francos, abne-

(21) Guía mar adentro. (Luc. V, 4).

gados, buenos, ardientes, viriles, que rechacen la devoción meticulosa y estrecha, que sean personas de tacto, y que jamás, ni con el pretexto del celo, se conviertan en espías de sus compañeros. Antes de dos años, usted me dirá si necesita charangas o bambalinas para obtener una pesca abundante.

"—Lo comprendo —le contesté—. Esa minoría será la levadura. Pero ¿qué haré con los demás que forman la masa, y que no pueden ser elevados a ese nivel; con los jóvenes de toda edad y con los hombres ya casados que pienso también agrupar en el Círculo?

"—Darles una fe robusta, valiéndose de una serie de conferencias interesantes durante las noches de invierno. Así saldrán bien formados y armados no sólo para hacer callar a sus camaradas de taller u oficina, sino para resistir a la pérfida influencia del periódico o del libro.

"Crear en los hombres convicciones arraigadas que sepan sostener sin respeto humano, cuando se presente el caso, constituye, desde luego, un resultado apreciable; pero será preciso hacerles avanzar más, hasta formarlos en una piedad verdadera, ardiente, convencida e ilustrada.

"—¿Abriré desde el principio la puerta a todo el que llega?

"—El número no tiene importancia, con tal que los elementos sean bien escogidos. El crecimiento del Círculo ha de lograrse por la influencia del núcleo de apóstoles, cuyo centro serán Jesús y María, y usted, como instrumento de ambos.

—¿Comenzaremos en un local modesto, esperando a allegar recursos para establecernos en otro mejor?

—En los comienzos, las salas espaciosas y cómodas pueden, como el tambor del pregonero, llamar la atención hacia una obra naciente. Pero, vuelvo a repetírselo: si usted fundamenta su asociación en la vida cristiana, ardiente, integral y apostólica, el local estrictamente necesario bastará siempre para el funcionamiento normal de todos los accesorios que un Círculo necesita. Entonces comprobará que el ruido hace muy poco bien y que el bien hace muy poco ruido. Y que el Evangelio bien comprendido reduce el capítulo de gastos sin perjuicio de los resultados, sino todo lo contrario. Pero, ante todo usted es el que ha de obrar personalmente y sacrificarse, menos para organizar funciones de teatro o sesiones de gimnasia, que para acumular en su propio espíritu la vida de oración; porque, sépalo bien: usted será capaz de encender en los demás los ardores del amor de Nuestro Señor en la *misma proporción* en que vive usted de ese amor.

—En resumen, ¿usted basa todo en la vida interior?

—Sí y mil veces sí: de esa manera tendrá usted oro puro, sin mezcla. Además, tenga fe en mi larga experiencia. Lo que acabo de decirle de las obras, de los jóvenes, tiene su aplicación en toda clase de Obras, como Parroquias, Seminarios, Catecismos, Escuelas, Círculos Militares, etc. ¡Qué bienes tan grandes produce en una ciudad una asociación cristiana cuando vive la verdadera vida sobrenatural! Obra en ella como una levadura poderosa, y los ángeles sólo

podrían decir lo fecunda que es en obras de salvación.

"¡Ah! Si todos los sacerdotes, religiosos y aun seculares dedicados a las Obras conocieran el poder de la palanca que tienen en sus manos, y tomaran como punto de apoyo el Corazón de Jesús y la vida en unión con ese Corazón divino, levantarían nuestra patria. La levantarían sin duda, a despecho de Satanás y sus secuaces."

4. *La vida interior y la vida activa se reclaman mutuamente*

Así como el amor de Dios se revela por los actos de la vida interior, el amor del prójimo se manifiesta por las operaciones de la vida exterior, y como el amor de Dios no puede separarse del amor del prójimo, resulta que tampoco estas dos formas de vida pueden subsistir separadas (22).

Suárez dice que no puede subsistir un estado de vida ordenado con rectitud al logro de la perfección, si no participa de alguna manera de la acción y de la contemplación (23).

Esas palabras del ilustre jesuita son un comentario de la doctrina de Santo Tomás. Los que se sienten llamados a las obras de la vida activa, dice el

(22) Sicut per contemplationem amandus est Deus, ita per actualem vitam diligendus est proximus, ac per hoc sic non possumus sine utraque esse vita sicut et sine utraque dilectione esse nequaquam possumus (S. Isid. Differ. 1, II, XXXIV, n. 13^o).

(23) Concedendum ergo est nullum esse posse vitæ studium recte institutum ad perfectionem obtinendam quod non aliquid de actione et de contemplatione participet (Suárez, I, De Relig. tract. 1, l. c. V, n. 5).

Santo Doctor, están en un error si creen que ese deber les dispensa de la vida contemplativa. Ese deber *se agrega a esta vida y en nada disminuye su necesidad*. Así las dos vidas no se excluyen, sino que se reclaman, se suponen, se mezclan y se completan; y si debe fomentarse más alguna de las dos, ha de ser la contemplativa, que es la más perfecta y necesaria (24).

Para que la acción sea fecunda, necesita la contemplación; cuando ésta llega a un grado determinado de intensidad, derrama en la primera algo de su soberanía, mediante la cual el alma toma directamente del corazón divino las gracias que habrá de distribuir por medio de la acción.

Por eso, si la acción y la contemplación se funden en una perfecta armonía en el alma de un santo, dan a su vida una unidad maravillosa. Tenemos el ejemplo de San Bernardo, que fue el hombre más contemplativo y activo de su época, del cual hace esta pintura uno de sus contemporáneos: "En él la contemplación y la acción iban acordes hasta tal punto, que ese santo parecía al mismo tiempo que estaba entregado en absoluto a las obras exteriores, y absorbido del todo en la presencia y el amor de Dios" (25).

Comentando el texto de la Sagrada Escritura: *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum*

(24) Cum aliquis a contemplativa vita ad activam vocatur, non fit per modum subtractionis sed per modum additionis (D. Thom. 2.^a Iae q. 182, a. I, ad 3).

(25) Interiori quadam, quam ubique ipse circumferebat solitudine fruebatur, totus quodammodo exterius laborabat, et totus interius Deo vacabat. (Gob. Vita S. Bern., 1, I).

super brachium tuum (26), el padre San Jure hace una descripción admirable de las relaciones entre esas dos vidas.

Resumamos sus reflexiones:

El corazón significa la vida interior y contemplativa. El brazo, la vida exterior y activa.

El sagrado texto cita el corazón y el brazo para demostrar que las dos vidas pueden unirse y acordarse perfectamente en una misma persona.

Se nombra el corazón en primer lugar, por ser un órgano más noble y necesario que el brazo. Igualmente, la contemplación es mucho más excelente y perfecta y merece más estima que la acción.

El corazón late día y noche. Un instante de paralización de este órgano esencial acarrearía la muerte instantánea.

El brazo, que es sólo una parte integrante del cuerpo humano, no se mueve sino de tiempo en tiempo; por eso debemos suspender algunas veces nuestros trabajos exteriores, y en cambio no cesar en nuestra aplicación a las cosas espirituales.

El corazón da al brazo la vida y fuerza mediante la sangre que hace llegar hasta él, sin la cual el brazo se secaría. Así la vida contemplativa, que es vida de unión con Dios, merced a las luces y constante asistencia que el alma recibe en esa intimidad, vivifica las ocupaciones exteriores y es la única capaz de comunicarles con su carácter sobrenatural una utilidad efectiva. Sin ella, todo languidece, se esteriliza y se llena de imperfecciones.

(26) Ponme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo (Cant. VIII, 6).

El hombre, por desgracia, separa con frecuencia lo que Dios ha unido; por eso es tan rara esta perfecta unión de que hablamos; por otra parte, exige un conjunto de precauciones que ordinariamente no se toman. No aceptan empresa alguna superior a las propias fuerzas. Ver en todo habitualmente, pero con sencillez, la voluntad de Dios. Entregarse a las obras cuando Dios lo disponga, en la medida en que lo disponga, y únicamente con el deseo de ejercitarnos en la caridad. Desde los comienzos, ofrecerle nuestro trabajo, y en el transcurso del mismo, reanimar con frecuencia, por medio de santos pensamientos y de jaculatorias encendidas, nuestra resolución de no obrar sino para El y por El. En resumen, cualquiera que sea la atención que prestemos a los trabajos, conservarnos siempre en paz, como señores de nosotros mismos. Para el éxito, dirigirnos únicamente a Dios y no sacudirnos las preocupaciones, sino para estar a solas con Jesucristo. Tales son los sabios consejos que dan los maestros de la vida espiritual, para llegar a esta unión.

Esta constancia en la vida interior, unida en el Santo Abad de Claraval a un apostolado activísimo, había impresionado a San Francisco de Sales, cuando escribió: "San Bernardo nada perdía del progreso que deseaba lograr en el santo amor... Cuando cambiaba de lugar, no cambiaba de amor, ni su amor de objeto..., no recibía el color de los negocios o conversaciones, como el camaleón adopta el de los lugares donde se encuentra; sino que se conservaba unido siempre a Dios, con la blancura perenne de la pureza, el rojo encendido de la caridad y la plenitud de la

humildad (Espíritu de San Francisco de Sales, 17.^a parte, cap. II)".

Habrán momentos en que nuestras ocupaciones se multiplicarán de tal modo que nos veremos forzados a emplear todas nuestras energías, sin poder sacudir la carga ni siquiera aligerarla. Esto traerá como consecuencia la privación por algún tiempo del *placer de la unión con Dios*, pero esta unión no sufrirá con ello sino por nuestra culpa. Si se prolonga esta situación, ES PRECISO LAMENTARLO, GEMIR Y TEMER MAS QUE NADA EL PELIGRO DE HABITUARSE A ELLO. El hombre es débil e inconstante. Cuando descuida la vida espiritual, pronto pierde su gusto. Si se engolfa en las ocupaciones materiales, acaba por complacerse en ellas. Por el contrario, si el espíritu interior expresa su vitalidad latente por medio de suspiros y gemidos, estas quejas constantes que provienen de una herida que no se cierra en el *lado mismo de una actividad desbordante*, forman el mérito de la contemplación sacrificada, o más bien el alma realiza esa admirable y fecunda unión de la vida interior y de la vida activa. Impelida por esa sed de vida interior que no puede mitigar a placer, vuelve con ardor, desde que le es dado, a la vida de oración. Nuestro Señor le procura unos momentos de intimidad. Le exige la fidelidad y en cambio le *compensa* de la brevedad de esos felices instantes, con el *fervor*.

En un texto cuyas palabras deben ser meditadas una a una, Santo Tomás resume admirablemente esta doctrina: *Vita contemplativa, ex genere suo, majoris est meriti quam vita activa. Potest nihilominus accidere ut aliquis plus mereatur aliquid exter-*

num agendo; puta si propter abundantiam divini amoris, ut ejus voluntas impleatur propter Ipsius gloriam, interdum sustinet a dulcedine divinae contemplationis ad tempus separari (27).

Fijémonos en el lujo de condiciones que el Santo Doctor exige para que la acción sea más meritoria que la contemplación.

El móvil íntimo que empuja al alma a la acción no es otro que el desbordamiento de su caridad; *Propter abundantiam divini amoris*. No entran, pues, en juego ni la agitación, ni el capricho, ni la necesidad de salir de sí mismo. Es, en efecto, un sufrimiento del alma: *Sustinet*, de ser privada de las dulzuras de la oración (28), *a dulcedine divinae contemplationis... separari*. Por consiguiente, no sacrifica sino provisionalmente: *Accidere... interdum... ad tempus*, y para un fin enteramente sobrenatural: *Ut Ejus voluntas impleatur propter Ipsius gloriam*, una parte del tiempo reservado a la oración.

Los caminos de Dios llevan el sello de la sabiduría y la bondad, y la dirección que marcan a las al-

(27) La vida contemplativa, como tal, es de mayor mérito que la activa. Puede ocurrir sin embargo, que se ganen mayores méritos con un acto externo; por ejemplo, cuando a causa de la abundancia de amor divino, se soporta la privación de la dulzura producida por la divina contemplación para cumplir la voluntad de Dios (2.^a 2ae, q. 18, a. 2).

(28) Es la dulzura que reside en lo más elevado del alma, no suprime las arideces; por eso se dice: "Exsuperat omnem sensum". La lógica de la fe pura, aunque sea árida, y fría, le basta a la voluntad para inflamar el corazón con una llama sobrenatural, con el auxilio de la gracia.

En su lecho de muerte, en Mulins, Santa Juana de Chantal, una de las almas más probadas en la oración dejó a sus hijas, a manera de testamento el principio que le sirvió para su vida con la lógica de la fe. La felicidad más grande de este mundo es poder entretenerse con Dios.

mas entregadas a la vida interior es maravillosa. Si éstas saben ofrecerle con generosidad la pena que les produce el privarse del Dios de las obras, en obsequio a las obras de Dios, esa pena tiene su pago, porque gracias a ella desaparecen los peligros de disipación, amor propio y afecciones naturales; las hace más reflexivas y fomenta en ellas la práctica de la presencia de Dios, porque el alma encuentra en LA GRACIA DEL MOMENTO PRESENTE a Jesús viviente, que se le ofrece oculto en la obra que realiza, trabajando con ella y sosteniéndola.

¡Cuántas personas de obras, por saber sufrir esa pena y sacrificar ese deseo de ir al Tabernáculo, por esas comuniones espirituales originadas en esos sacrificios, reciben como premio la fecundidad de su acción, la salvaguardia de su alma y el progreso en la virtud!

5. *Excelencia de esa unión*

Dice Santo Tomás que la unión de las dos vidas, contemplativa y activa, constituye el verdadero apostolado, que es la obra principal del Cristianismo: *Principalissimum officium* (29).

Para el apostolado se necesitan almas que se entusiasmen por una idea y se consagren al triunfo de un principio.

La realización de esta idea ha de ser sobrenaturalizada por el espíritu interior, y nuestro celo, en todos sus aspectos, fin, medios y ardor, debe estar

(29) 3.^a p., q. 67, a. 2, ad 1um.

animado del espíritu de Jesús, para que nuestra vida sea lo más perfecta posible, la vida por excelencia, la cual es preferida por los teólogos a la simple contemplación. *Praefertur simplici contemplationi* (30).

El apostolado del hombre de oración es la palabra que obedece al mandato de Dios y hace conquistas, en el cielo de las almas y el fruto de las conversiones: *Missio a Deo, zelus animarum fructificatio auditorum* (31).

Es el vapor de la fe con emanaciones que llevan al cielo: *Zelus, id est vapor fidei* (32).

El apostolado de los santos es la sementera del mundo. El apóstol esparce el trigo de Dios en el campo de las almas (33). Es el amor en llamas que devora la tierra, y el incendio de Pentecostés que, con fuerza irresistible, se propaga por todas partes: *Ignem vent mittere in terram* (34).

La sublimidad de este ministerio estriba en que atiende a la salvación del prójimo, sin mengua de la del apóstol: *sublimatur ad hoc ut aliis provideat*.

Transmitir a inteligencias humanas las verdades divinas es un ministerio digno de los ángeles.

Cosa buena es contemplar la verdad, pero comunicarla es mucho mejor, como es mejor reflejar la luz que recibirla; e iluminar que brillar bajo el clemín. El alma se nutre en la contemplación y se entrega en el apostolado: *Sicut majus est illuminare quam lucere solum, ita majus est contemplata aliis*

(30) D. Thom.

(31) S. Bonav.

(32) S. Ambr.

(33) P. León, *passim*. op. cit.

(34) He venido a traer fuego a la tierra (Luc. XII, 49)

tradere quam solum contemplare (D. Thom. 2.^a 2ae, q. 188, a. 6).

Contemplata aliis tradere: según el pensamiento de Santo Tomás, la vida de oración es la fuente de este apostolado.

Este texto y el anterior, citado al final del capítulo precedente, del mismo Santo, son una condena-ción del Americanismo, partidario de una vida mixta, en la cual la acción acabaría por ahogar la contem-plación.

En efecto: Santo Tomás en estos textos hace las dos afirmaciones siguientes: 1.^a El alma ha de vi-vir habitualmente en una vida de oración que le per-mita *dar* de lo que sobre. 2.^a Por la acción no ha de suprimirse la vida de oración, y el alma, al entregarse, ha de guardar su corazón de tal modo que no corra serio peligro de sustraerse a la influencia de Jesu-cristo en el ejercicio de su actividad.

El Rvdo. Padre Mateo Crawley, apóstol de la en-tronización del Sagrado Corazón en las familias, tra-duce con frases sugestivas el pensamiento de Santo Tomás: "*El apóstol es un cáliz lleno hasta los bordes de vida de Jesucristo, que vierte en las almas el so-brante de su contenido.*"

Esta mezcla de acción y contemplación, acción con todas las abnegaciones del celo y contemplación con sublimes elevaciones, ha producido los mayores santos: San Dionisio, San Martín, San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco de Asís, San Fran-cisco Javier, San Felipe Neri y San Alfonso, todos ellos tan ardientes contemplativos como valientes apóstoles.

¡Vida interior y vida activa! ¡Santidad en medio de las obras! ¡Unión potente y fecunda! ¡Qué prodigios tan fantásticos de conversiones realizáis! Oh, Dios mío, dad a vuestra Iglesia Santa muchos apóstoles, pero encended una sed ardiente de la vida de oración en sus corazones que devora el deseo de entregaros. Dad también a vuestros obreros esa acción contemplativa y esa contemplación activa, para que vuestra obra sea cumplida, y los obreros evangélicos que nos disteis, obtengan aquellas victorias que os plugo anunciar antes de vuestra gloriosa Ascensión.

TERCERA PARTE

LA VIDA ACTIVA, LLENA DE PELIGROS SIN LA VIDA INTERIOR, ASEGURA CON ELLA EL PRO- GRESO EN LA VIRTUD

1. *Las Obras, Medios de santificación, para las almas interiores, son un peligro para la salvación de las que no lo son*

a) MEDIOS DE SANTIFICACION. — Nuestro Señor exige a aquellas criaturas suyas que se digna asociar a su apostolado, que *se conserven* en la virtud, y que *progresen*. Pruebas abundantes de esto tenemos en las epístolas de San Pablo a Tito y a Timoteo y en los apóstrofes del Apocalipsis a los Obispos de Asia.

Por otra parte, sabemos que Dios quiere las obras.

Por consiguiente, es una injuria y una blasfemia contra la Sabiduría, la Bondad y la Providencia divinas, decir que las Obras, como tales, son un obstáculo para la santificación, y que, aunque *emanadas de la voluntad divina*, retardan *forzosamente* nuestra marcha hacia la perfección.

Porque podemos formular el siguiente dilema: O el apostolado en cualquiera de sus formas, practicado porque Dios lo quiere y CON LAS CONDICIONES DEBIDAS, constituye para el apóstol *un medio de santificación*.

O si no, al pedirle cuentas al apóstol en el tribunal de Dios, tendrá el derecho de presentar su actividad y las fatigas y preocupaciones de su obra (mandada por El) como excusas legítimas del abandono de su santificación.

Consecuencia de este raciocinio: Dios TIENE CONTRAIDA CONSIGO MISMO LA OBLIGACION de dar al apóstol escogido por El las gracias necesarias para el cumplimiento de sus obligaciones, no sólo con la seguridad de su salvación, sino además, con la tranquilidad de poder adquirir las virtudes que se le exigen para llegar a ser un hombre santo.

Por consiguiente, al más modesto de los obreros evangélicos, al más humilde de los Hermanos dedicados a la enseñanza y a la Religiosa más olvidada de las que se consagran al cuidado de los enfermos, LES DEBE, en la medida necesaria, los auxilios que concedió a un Bernardo y a un Francisco Javier. Es preciso insistir en que esa es UNA VERDADERA DEUDA QUE EL CORAZON DIVINO tiene contraída con el instrumento escogido por El.

Y todo apóstol, como cumpla las condiciones de tal, debe tener una *confianza absoluta en el riguroso derecho* que le asiste, a las gracias exigidas por unas Obras, a las cuales Dios ha hipotecado sus socorros celestiales.

Quien se consagra a las obras de caridad, dice Alvarez de Paz, piense, que no se le cierran las puer-

tas de la contemplación, ni se le incapacita para dedicarse a ella; por el contrario, tenga por seguro, que son la mejor disposición para la misma. Esta verdad enseñada por la razón y la autoridad de los Santos Padres, está acreditada por la experiencia de todos los días, que nos muestra a algunas almas, dedicadas a las obras de caridad en favor del prójimo, como confesiones, predicación, catequesis, visita a enfermos, etc., y elevadas por Dios a tan alto grado de contemplación, que pueden ser comparadas muy bien con los antiguos anacoretas.

Con la frase “grado de contemplación”, el eminente Jesuíta, siguiendo a los Maestros de la vida espiritual, designa el don del espíritu de la oración, que caracteriza a la superabundancia de la caridad en un alma.

Los sacrificios que las obras exigen, hechos por la gloria de Dios y la santificación de las almas, sacan de ese doble fin tal fecundidad de méritos sobrenaturales, que el hombre entregado a la vida activa puede elevarse todos los días a un grado más alto de caridad y de unión con Dios, es decir, de santidad.

Hay casos en los cuales por existir peligro en la virtud de la fe o de la castidad, DIOS QUIERE que dejemos las obras. Pero fuera de ellos, facilita a sus obreros los medios de inmunización y de progreso en la virtud por medio de la vida interior.

Para aclarar el significado de ese progreso, nos serviremos de una frase paradójica de la siempre tan juiciosa y espiritual Santa Teresa de Jesús: “Desde que soy Priora —dice—, en mis ocupaciones y frecuentes viajes cometo más faltas que antes. Pero,

como lucho con generosidad y llevo mi cargo por Dios, siento que cada día que pasa me uno más con El." Su debilidad se manifiesta más a menudo que en la calma y el silencio del claustro. Ella lo observa, sin inquietud, porque la generosidad sobrenatural que pone en sus trabajos y sus esfuerzos, más rudos que antes, en las luchas del espíritu, le ofrecen la ocasión de obtener mayores victorias, las cuales la compensan con holgura de las sorpresas de fragilidad, que antes no le faltaban, sino que permanecían en estado latente.

Nuestra unión con Dios, dice San Juan de la Cruz, reside en la unión de nuestra voluntad con la suya, y se mide con ella.

Santa Teresa no tiene un concepto falso de la espiritualidad que consistiría en creer que únicamente en el claustro el alma puede progresar en su unión con Dios: al contrario, juzga que la actividad cuando es impuesta por Dios, y se ejerce en las condiciones que placen a la divina voluntad, viene a aumentar la unión de su alma con Nuestro Señor, el cual vive en ella y le da ánimo en sus trabajos, encaminándola hacia la santidad, y todo esto lo logra alimentando su espíritu de sacrificio, su humildad, su abnegación, su ardor y su entrega total por el reinado de Dios.

La santidad, en efecto, reside, ante todo en la caridad, y una obra de apostolado que merezca ese nombre no es otra cosa que un acto de caridad. *Probatio amoris*, dice San Gregorio, *exhibitio est operis*. El amor se muestra en las obras que exigen sacrifi-

cio, y Dios pide a sus obreros esta prueba de abnegación.

Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas; esta es la forma de la caridad que Nuestro Señor exige al apóstol, como prueba de la sinceridad de sus protestas reiteradas de amor.

San Francisco de Asís creía que no podía ser amigo de Jesucristo sino ejercitando su caridad en favor de las almas. *Non se amicum Christi reputabat, nisi animas faveret quas ille redemit* (1).

Y si Nuestro Señor considera como hechas a El hasta las obras corporales de misericordia, es porque en cada una de ellas descubre esa irradiación de la caridad (2) que anima al misionero o sostiene al anacoreta en el desierto entre sus privaciones, combates y plegarias.

La vida activa tiene su empleo en las obras de abnegación, y camina por la senda del sacrificio a zaga de Jesús, obrero y pastor, misionero, taumaturgo, curador y médico universal; proveedor tierno e infatigable de todos los necesitados de este mundo.

La vida activa debe recordar y vivir de esta frase del Maestro: *Estoy entre vosotros como un servidor* (3). *El hijo del hombre ha venido para servir no para ser servido* (4).

Recorre los caminos de la miseria humana, pronunciando la palabra iluminadora, y sembrando en

(1) S. Bonav. Vita S. Franc., c. IX.

(2) *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis*. (Mat. XXV, 40).

(3) *Ego autem in medio vestrum sum sicut qui ministrat*. (Luc. XXIII, 27).

(4) *Fillius hominis non venit ministrari, sed ministrare* (Mat. XX, 28).

torno suyo las gracias que se tornan beneficios de todas clases. Merced a las clarividencias de su fe y a las instituciones de su amor, sabe descubrir en el más astroso de los que sufren al Dios desnudo y doliente, despreciado de todos; al gran leproso, al misterioso reo perseguido por la justicia divina y herido de sus golpes; al varón de dolores a quien Isaías vio vestido con el lujo horroroso de sus llagas y la trágica púrpura de su sangre, maltrecho y destrozado por los clavos e instrumentos de la flagelación, hasta retorcerse como un gusano que se aplasta.

Lo hemos visto y no lo hemos conocido, dice el Profeta (5).

¡Oh vida activa! Tú lo reconoces muy bien y, clavadas las rodillas en tierra, con lágrimas en los ojos, sabes servirlo en los pobres.

La vida activa perfecciona a la humanidad y, fecundando al mundo con sus generosidades, trabajos y sudores, puebla el cielo de sus méritos.

Vida santa que sabe recompensar muy bien aquel Dios que concede el paraíso como pago del vaso de agua dado a un pobre, con la misma largueza con que premia el infolio del doctor y los sudores del apóstol. Ante los cielos y la tierra, en su último día premiará con una eternidad feliz todas las obras de caridad (6).

(5) Et vidimus eum et non erat aspectus, et desideravimus eum, despectum et novissimum virorum virum dolorum, et scientem infirmitatem; et quasi absconditus vultus ejus et despectus, unde nec reputavimus eum Is. LIII, 2 y 3).

(6) "Lumière et flamme", por P. León, O. M. M. Adviértase que esta cita se refiere a una vida activa llena de espíritu de fe, y fecundada por la caridad y, por tanto, originada por una intensa vida interior.

b) PELIGRO PARA LA SALVACION. — Cuántas veces en los retiros privados que he tenido ocasión de dar, he podido comprobar que las obras, de *medio de progreso espiritual* que debieran ser para sus directores, se convertían en *instrumentos de su ruina*.

Un hombre de obras a quien al comenzar un retiro rogué que escrutara su conciencia para encontrar la causa del triste estado en que se hallaba, me dio esta respuesta exacta, aunque incomprensible a primera vista: "*Mi entrega total a las obras me ha perdido*." "Por mis disposiciones naturales, yo sentía un verdadero placer en trabajar y prestar servicios, y como el éxito me sonreía, Satanás supo arreglárseles para llenarme de ilusiones durante muchos años, con lo cual creció en mí el delirio de la acción, juntamente con la antipatía a todo trabajo interior, hasta caer en el precipicio."

Este estado anormal del alma, por no decir este estado monstruoso, se explica de esta manera. Aquel obrero de Dios, por dar satisfacción a su actividad natural, dejó que se desvaneciera su vida divina, que era la reserva de calorías que hacían fecundo su apostolado, y protegían su alma contra el frío glacial del espíritu natural. Había trabajado lejos del sol que vivifica. *Magnae vires et cursus celerrimus, sed praeter viam* (7). Por eso las obras, santas en sí mismas, se le convirtieron en espada de dos filos, que hieren al que no sabe su manejo.

Contra este peligro ponía en guardia San Bernardo al Papa Eugenio III, con estas palabras: *Temo que en medio de tus innumerables ocupaciones, te deses-*

(7) Despliegue de fuerzas y carrera acelerada pero fuera del camino (S. Agus. In. Ps.).

peres de no poder llevarlas a cabo y se te endurezca el alma. Obrarías con cordura ABANDONANDOLAS POR ALGUN TIEMPO, para que no te dominen ni arrastren a donde no quieras llegar. Tal vez me preguntes: ¿A dónde? AL ENDURECIMIENTO DEL CORAZON.

Ya ves a dónde pueden arrastrarte esas OCUPACIONES MALDITAS, HAE OCCUPATIONES MALEDICTAE, si continuas entregándote a ellas del todo, como hasta ahora, sin reservarte nada para ti (8).

¿Hay empresa más augusta y santa que el gobierno de la Iglesia ni más útil para la gloria de Dios y el bien de las almas? Y, sin embargo, San Bernardo la califica de *ocupación maldita*, si sirve para ahogar la vida interior de quien se consagra a ella.

Esta expresión "*ocupaciones malditas*" vale un libro por lo que estremece y hace reflexionar. Sería como para rechazarla, si no hubiera salido de la pluma tan ajustada y precisa de un Doctor de la Iglesia, de un San Bernardo.

2. *Del hombre de Obras, sin la Vida interior*

Esta frase lo caracteriza: Si aún no llegó al estado de tibieza, llegará fatalmente. Ese estado de tibieza, no de sentimiento ni fragilidad, sino de *voluntad*, es un pacto hecho con la *disipación y la negligencia habitualmente consentida o no combatida*, y un pacto con el *pecado venial deliberado*, y, por consi-

(8) Et quo trahere te possunt hae occupationes maledictae; si tamen pergis ut coepisti ita dare te totum illis, nil tui tibi relinquens (S. Ber. De cons. 1. II, c. II).

guiente, *es privar al alma de la seguridad de su salvación* y disponerla al pecado mortal (9).

Tal es la doctrina de San Alfonso acerca de la tibieza, que con toda claridad ha desarrollado su discípulo el P. Desurmont (10).

¿Por qué el hombre de obras cuando carece de vida interior va a parar necesariamente a la tibieza? Decimos necesariamente y para probarlo nos serviremos de las palabras que un Obispo misionero dirigía a sus sacerdotes; palabras terribles que brotaban de un corazón devorado por el celo en favor de las obras y de un espíritu con tendencia al quietismo: "Es preciso —decía el cardenal Lavigerie—, adquirir esta firme persuasión. Para un apóstol no hay otra elección que ésta: O la santidad completa, al menos de deseo, trabajando para alcanzarla, o la perversión más absoluta."

Teniendo en cuenta los gérmenes de corrupción que la concupiscencia deposita constantemente en

(9) De la doctrina de Santo Tomás resulta que si un alma en estado de gracia ejecuta un acto bueno, pero sin el fervor que Dios tiene derecho a exigirle, este acto disminuye en ella, en cierto sentido, los grados de caridad que tiene. Así se explican los textos: "Maldito sea quien ejecuta con negligencia las obras de Dios" y "Porque eres tibio... comenzaré a lanzarte de mi boca". Además los pecados veniales van disminuyendo el fervor, aunque no el estado de gracia, y disponiendo el alma al pecado mortal.

Pero cuando falta la vida verdaderamente interior, abundan los pecados veniales, que no son combatidos y a menudo ni siquiera advertidos pero no dejan de ser imputados al alma disipada o floja que cesó de vivir el "Vigilate et orate".

Así llega a encontrarse en Santo Tomás la explicación de la frase: "Ocupaciones malditas", de San Bernardo, y de todos los conceptos expresados en este capítulo. (Conf. S. Tom. 1.^a 2ae q. LII, a. 3)

(10) Ver la nota del cap. 3, pri. part. La vuelta constante a Dios

nuestra naturaleza, la guerra sin cuartel que nos hacen nuestros enemigos interiores y exteriores y los peligros que nos cercan por todas partes, representémonos la situación de un alma entregada al Apostolado, sin defensa contra los peligros que la acechan.

X... desea consagrarse a las Obras. Desde luego carece de experiencia. Su inclinación al apostolado nos permite imaginarlo lleno de ardor, de carácter vivo, ávido de trabajar y acaso de luchar también. Lo suponemos de conducta intachable, piadoso y hasta devoto, con una devoción más sentimental que sólida, que no refleja a un alma resuelta a buscar en todo exclusivamente la voluntad de Dios, sino más bien es signo de una rutina, resto de hábitos piadosos.

La oración, si la hace, es una especie de divagación y la lectura espiritual un ejercicio de curiosidad, sin influencia real en su conducta. Acaso el mismo Satanás, haciéndole tomar por sentimiento de la vida interior lo que no es sino una ilusión de gusto artístico, provoca en él el paladeo de las lecturas que tratan de las vías extraordinarias de la unión con Dios, y el entusiasmo por ellas.

Total, que esa alma, aunque de muy buenas costumbres, muy buenas cualidades naturales y con un deseo leal, aunque un poco vago de conservarse fiel a Dios, cuenta con muy poca o ninguna vida interior.

Ya tenemos a nuestro apóstol, lleno de deseos de trabajar, dispuesto a entregarse con el mayor celo a ese ministerio nuevo para él. Pronto, en virtud de algunas circunstancias que originan nuevas ocupacio-

nes (toda persona habituada a las obras puede comprendernos), surgen mil motivos de vivir fuera de sí, mil cebos de su curiosidad, mil ocasiones de pecado, contra las cuales se sintió protegido hasta entonces por la atmósfera tranquila de su hogar, o del seminario, noviciado o comunidad, o al menos por la tutela de un director experimentado.

Esa alma que no está preparada para resistir ninguna clase de asaltos, sentirá crecer su disipación, o despertarse en ella una curiosidad malsana de saberlo todo, mil impaciencias o susceptibilidades, la vanidad, la envidia, la presunción o el abatimiento, la parcialidad o el descrédito y la invasión de todas las flaquezas del corazón y de las formas más o menos sutiles de la sensualidad, que la forzarán a un combate sin tregua ni descanso. Por eso, no le faltarán heridas.

Pero ¿podrá resistir esa alma con su piedad superficial, *entregada del todo al gusto excesivamente natural de gastar su actividad y sus talentos en provecho de una causa excelente?* Satanás está al acecho, olfateando ya su presa.

Y en vez de dificultar esta satisfacción, la excita con todo su poder.

Llega por fin un día en que advierte el peligro. El Angel de la Guarda habla al corazón y la conciencia da sus aldabonazos. Urge *recobrar el propio dominio*, y para ello acudir a la calma de un retiro y tomar la resolución firme de sujetarse a un reglamento, para cumplirlo en todas sus partes, aunque ello exija el abandono de alguna de sus queridas ocupaciones.

Desgraciadamente, es tarde porque el alma ha saboreado ya el placer del triunfo como premio de sus esfuerzos y se contenta con decir: Mañana, mañana...; hoy es imposible; necesito mi tiempo para continuar esta serie de sermones, escribir este artículo, organizar este sindicato o esta sociedad de caridad, preparar esta representación, hacer este viaje, poner al corriente la correspondencia, etcétera, etc. *¡Qué alivio experimenta al tranquilizarse con estos pretextos!* Porque el solo pensamiento de enfrentarse con su conciencia, se le hace insoportable. Ha llegado el momento en que Satanás puede, con toda garantía de éxito, trabajar en su obra de perdición en ese corazón convertido en cómplice suyo. El terreno está preparado para ello. *Las obras eran una pasión para esa próxima víctima suya; él convertirá la pasión en fiebre.* Le parecía insoportable el olvido de aquel tumulto de asuntos para recogerse; el demonio le sugiere que eso es horroroso, perfilando en su alma nuevos proyectos que disfraza muy hábilmente con el santo fin de la gloria de Dios y el bien de las almas.

Y ese hombre, que poco tiempo antes estaba adornado de hábitos virtuosos, va ya de flaqueza en flaqueza, hasta poner el pie en una pendiente que es muy resbaladiza para poder evitar la caída. Y, hecho un desgraciado, persuadido de que toda esta agitación no es conforme al Corazón de Dios, *se lanza más locamente que nunca en el torbellino, para ahogar sus remordimientos.* Las faltas se acumulan fatalmente. Para esa alma, ya no es más que un escrúpulo despreciable lo que antes perturbaba su recta conciencia. No se recata en decir que es preciso sa-

ber ser de su tiempo y luchar contra los enemigos con iguales armas, y para ello preconiza las *virtudes activas*, despreciando lo que desdeñosamente califica de piedad de otra época. Y como las obras van prosperando y el público las elogia al ver nuevos éxitos, "Dios bendice nuestra obra", exclama el alma engañada, por cuyos pecados tal vez llorarán mañana los ángeles del cielo.

¿Causas de la caída de esa alma en ese estado tan lamentable? la INEXPERIENCIA, la PRESUNCIÓN, la VANIDAD, la IMPREVISION y la COBARDIA. Se lanzó a la ventura a través de los peligros, sin preocuparse de los exiguos recursos espirituales con que contaba, y al agotarse estas reservas de vida interior, se vio en la situación de un nadador que, sin fuerzas para luchar contra la corriente, se deja arrastrar al abismo.

Detengámonos un momento a mirar el camino recorrido y la profundidad del precipicio. Procedamos con orden, contando las etapas.

Primera etapa. El alma ha ido perdiendo, en el supuesto de que las tuvo, *la caridad y la fuerza de sus convicciones* acerca de la vida y el mundo sobrenaturales, y de la economía del plan y acción de Nuestro Señor en cuanto a las relaciones de la vida interior y las obras del obrero evangélico. Las obras se le presentan como un espejismo alucinante, y la vanidad es el pedestal sutil en que descansa su buena intención: "Qué quieren ustedes, Dios me ha otorgado el don de la palabra, y yo se lo agradezco", decía a sus aduladores un predicador hinchado de vanía complacencia, de espíritu nada interior. El alma se busca a sí misma más que a Dios. Su repu-

tación, su gloria y sus intereses personales ocupan el primer plano. La frase *Si hominibus placerem, servus Christi non essem* (11), se le antoja completamente vacía.

Aparte la ignorancia de los principios, la AUSENCIA DE BASE SOBRENATURAL que caracteriza a esta etapa, es causada y fomentada por la disipación, el olvido de la presencia de Dios, el abandono de las jaculatorias y de la guarda del corazón, y la falta de delicadeza de conciencia y de reglamentación de vida. La tibieza está a un paso, si no la tiene ya.

Segunda etapa. El hombre sobrenatural, esclavo de su deber y avaro de su tiempo, lo tiene reglamentado, porque sabe que, de no hacerlo así, todo será naturalismo, capricho y vida cómoda de la mañana a la noche.

El hombre de obras, carente de base sobrenatural, no tarda en comprobar lo que acabamos de decir. Por falta de espíritu de fe en el empleo del tiempo, abandona la lectura espiritual; y aunque lea, no estudia. Que los Padres de la Iglesia se preparasen durante la semana para la homilía dominical, pase; pero él prefiere improvisar y estima que sale airoso del paso, a menos que por vanidad no se prepare... Prefiere las revistas a los libros; carece de constancia, limitándose a mariposear. Y es que la ley del trabajo es una gran ley de preservación, de moralización y de penitencia, él la esquivo, malgastando el tiempo y buscando distracciones. Todo lo que sea privarle de su libertad de movimientos, lo encuentra molesto y de pura teoría. No le basta el tiempo de que dispone para todas sus

(11) Si agradase aún a los hombres, no sería siervo de Cristo. (Galat. I, 10).

obras y deberes sociales, y para el cuidado de su salud y sus distracciones. Ciertamente, le sugiere Satanás, "tu tiempo está muy recargado de ejercicios de piedad. Meditación, rezo del oficio, misa, actos del ministerio... hay que hacer labor de poder". E invariablemente comienza por acortar la *Meditación*, o hacerla sin regularidad, hasta que poco a poco, acaso, acaba por suprimirla. Y esto se explica porque, como se acuesta muy tarde, y tiene sus motivos para ello, no puede madrugar ni levantarse a una hora fija, condición indispensable para hacer la meditación.

Pero si la persona que se dedica a la vida activa abandona la meditación, es como si se pasase con armas y bagajes al enemigo.

Se atribuya a Santa Teresa esta afirmación; "Dadme una persona que haga un cuarto de hora de oración y yo respondo de su salvación." Nosotros no podemos responder de la autenticidad de estas palabras, pero la experiencia que tenemos de las almas sacerdotales y religiosas consagradas a las obras, nos permite creer que todo obrero evangélico que no haga por lo menos media hora diaria de oración seria y metódica, con la leal resolución fundada en su desconfianza y en la confianza en la oración, de practicar algunos actos que le cuesten para desarraigar un defecto o adquirir una virtud, cae irremisiblemente en el estado de tibieza.

No se trata de imperfecciones, sino de una multitud de pecados veniales. Y como desgraciadamente el alma con su conducta se ha incapacitado para vigilar su corazón, la mayor parte de estas faltas resbalan por la conciencia; *el alma se encuentra en una situación en que no las ve ya*. ¿Cómo podrá combatir

aquello que no discierne que es un defecto? Esa enfermedad espiritual que se llama languidez está muy avanzada en esa alma, y es la consecuencia de esta segunda etapa que se caracteriza por *abandono de la ORACION y de todo REGLAMENTO*.

Todo está en sazón para la *Tercera etapa*, cuyo síntoma es la *negligencia en el rezo del BREVIARIO*.

La oración de la Iglesia, que debía dar al soldado de Cristo fuerza y alegría para ponerse en pie de tiempo en tiempo y, apoyado en Dios, remontarse sobre el mundo visible, se le hace una carga casi insupportable que hay que llevar.

La vida litúrgica, manantial de luz, alegría, fuerza, méritos y gracias para él y sus fieles, no es sino el motivo para cumplir un deber desagradable, que se despacha sin ganas, con todo lo cual va resintiéndose la virtud de la religión, porque la fiebre de las obras ha contribuido a secarla, y el alma sólo aprecia el culto de Dios cuando va revestido de brillantes manifestaciones exteriores. Aquel sacrificio hecho a solas y sin ostentación, pero que nacía de lo más íntimo del corazón, sacrificio de alabanzas, de súplicas, de acción de gracias y de reparación, nada le dice. Antes, al rezar sus oraciones vocales sentía cierto legítimo orgullo al pronunciar la oración *In conspectu angelorum psallam tibi* (12), como si se pusiera al nivel de los coros monacales; pero el santuario de esa alma, perfumado anteriormente por la vida litúrgica, se ha convertido en una plaza pública donde reinan el ruido y el desorden. El cuidado excesivo de las obras y su disipación habitual se encargan

(12) Yo te cantaré en presencia de los ángeles (Salmo CXXXII, 2).

de aumentar las distracciones, que por otra parte, cada vez se las combate menos. *Non in commotione Dominus* (13).

Desapareció la verdadera oración, porque la precipitación, las interrupciones injustificadas, la negligencia, somnolencia, retrasos, el dejarla para última hora con peligro de ser vencido por el sueño... y acaso las omisiones más o menos espaciadas, cambian la medicina en veneno, y el sacrificio de alabanza en letanía de pecados, que acaso lleguen a ser algo más que veniales.

Cuarta etapa. Todo se encadena. El abismo llama al abismo. ¡LOS SACRAMENTOS! se los recibe o administra, desde luego, con el respeto que merecen, pero sin sentir palpar la vida que contienen. La presencia de Jesús en el Tabernáculo o en el Tribunal de la penitencia ya no hace vibrar hasta el fondo del alma los resortes de la fe. LA MISMA MISA, el sacrificio del Calvario es un jardín cerrado. Queremos creer que el alma no ha bordeado aún el sacrilegio, pero ya no siente como antes el calor de la divina Sangre. Las consagraciones que hace son frías y sus comuniones tibias, entre distracciones superficiales. La familiaridad, la falta de respeto, la rutina y acaso el fastidio están ya acechándole

El apóstol, así deformado, vive fuera de Jesucristo y ha dejado de ser favorecido con las palabras íntimas que Jesús reserva para sus verdaderos amigos.

No obstante, el celestial Amigo le envía de cuando en cuando un remordimiento, una luz o una llamada. Espera, llama y pide permiso para entrar: *Ven a mis*

(13) El Señor no se encuentra entre el ruido (III, Reg. XIX, II).

brazos, pobre alma herida, ven que yo te curaré. Venite ad me omnes... et ego reficiam vos (14), porque yo soy tu salvación. *Salus tua ego sum* (15). *YO he venido a salvar lo que había perecido. Venit fílius hominis quaerere et salvum facere quod perierat* (16). Esta voz tan dulce, tan tierna, discreta e insinuante, produce algunos momentos de emoción y algunas veleidades de portarse mejor, pero como la puerta del corazón apenas está entreabierta, *no puede entrar Jesús*, y esos buenos impulsos del alma desaparecen. La gracia ha pasado inútilmente y va a convertirse en un acusador del alma. Acaso Jesús, movido a misericordia, para no acumular motivos de cólera santa, va a dejar de llamar a aquella alma: *Time Jesum trans-euntem et nom revertentem* (17).

Avancemos ahora penetrando hasta el fondo de esa alma, cuya fisonomía estamos bosquejando.

Los *pensamientos* influyen en la vida sobrenatural tanto como en la vida moral y en la intelectual. ¿Qué pensamientos predominan en esa alma? Los humanos; los terrestres; los vanos, superficiales y egoístas.

Todos ellos van a parar al Yo o a las criaturas, a menudo disfrazados de abnegación y sacrificio.

Con el desorden de la inteligencia, corre parejas el de la *imaginación*, que es la que debe ser más tenida a raya. Sin embargo, se le deja sin freno alguno, y campa por sus respetos, lanzándose a todos los descarríos y a todas las locuras, y como poco a

(14) Mat. II, 28.

(15) Salmo XXXIV.

(16) Luc., XIX, 10.

(17) Temed a Jesús, que una vez que pasa, no vuelve ya.

poco se abandona el recogimiento de la vista, la loca de la casa encuentra pasto en que cebarse por todas partes.

Avanza el desorden. De la inteligencia y la imaginación, baja a las *afecciones*. El corazón no se alimenta ya más que de quimeras. ¿Qué va a ser de ese corazón que apenas se preocupa de que Dios reine en él; insensible a las intimidades con Jesús, a la poesía sublime de los ministerios, a las bellezas severas de la liturgia, a los aldabonazos y a los atractivos del Dios de la Eucaristía; en una palabra, a las influencias del mundo sobrenatural? ¿Se concentrará en sí mismo?

Sería un suicidio. Como necesita afectos y no encuentra placer en Dios, amará a las criaturas y quedará a merced de la primera ocasión que se le presente. Se lanza hacia ellas con toda imprudencia y enloquecimiento, sin pensar en los votos que le ligan, ni en los intereses sagrados de la Iglesia, ni siquiera en su reputación. La perspectiva de una apostasía, desde luego, le da escalofríos; pero el escándalo de las almas le espanta bastante menos.

Son excepciones, gracias a Dios, los que llegan hasta el fin en la pendiente del mal, pero ¿cómo no ver que no sintiendo gusto en Dios y saboreando el placer prohibido, el corazón es arrastrado a las mayores desgracias? Del *Animalis homo non intelligit* (18), se va a parar forzosamente al *Qui nutriebatur in croceis amplexatus est stercora* (19). La ilu-

(18) El hombre animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del Espíritu Santo.

(19) Los que se criaban entre púrpura, se ven cubiertos de basura (Jeremías, IV. 5).

sión cada vez más obstinada, la ceguera de espíritu y el endurecimiento de corazón aumentan. Puede ya temerse cualquier cosa.

Para colmo de males, *la voluntad* ha quedado reducida a un estado de debilidad y apocamiento que casi equivalen a la impotencia.

No le pidáis que reaccione con energía contra el estado en que se encuentra, sería inútil. Es incapaz del menor esfuerzo y sólo sabe dar esta respuesta desesperante: "*No puedo.*" Y, naturalmente no poder es avanzar camino de la catástrofe. Un impío famoso se ha atrevido a decir que no podía creer que sean fieles à sus votos y obligaciones las almas que a causa de las obras se ven forzadas a mezclarse con el mundo. "Como andan —añadía— sobre una cuerda tirante, sus caídas son inevitables."

A estas palabras que son una injuria a Dios y a la Iglesia, es preciso contestar sin titubeos *que pueden evitarse estas caídas CON TODA SEGURIDAD cuando se maneja con pericia el precioso contrapeso de la vida interior; y que los vértigos y traspiés han de atribuirse al abandono de ese INFALIBLE medio de seguridad.*

El admirable Jesuíta P. Lallemand apunta a la causa inicial de estas catástrofes, cuando dice. "Hay hombres apostólicos que nada hacen por Dios con absoluta pureza de intención. En todo se buscan a sí mismos y mezclan solapadamente sus propios intereses con la gloria de Dios, aun en sus mejores empresas. Así transcurre su vida en esta mezcla de naturaleza y gracia. *Sólo en el momento de la muerte se les abren los ojos; entonces ven su vida de ilusión y tiemblan*

al pensamiento del inmediato y espantoso tribunal de Dios" (20).

Muy lejos está de nuestro pensamiento catalogar entre estos apóstoles que se predicán a sí mismos, a aquel célebre misionero caracterizado por su celo y fuerza que se llamó el P. Combalot. Pero ¿será inoportuno citar las palabras que profirió en su lecho de muerte? "Tenga mucha confianza en Dios, amigo querido, le dijo el sacerdote que le administró los últimos sacramentos. Usted ha observado con toda integridad las obligaciones de su vida sacerdotal, y los millares de sermones que ha predicado durante su vida serán la mejor excusa para la insuficiencia de esa vida interior de que me habla.—Mis sermones: con qué nueva luz los veo ahora. Mis sermones. ¡Ah! Si Nuestro Señor no empieza a hablarme de ellos, no seré yo quien tome la palabra." Al resplandor de la eternidad, aquel venerable sacerdote veía sus obras de celo salpicadas de imperfecciones, que alarmaban su conciencia y que atribuía a la falta de vida interior.

El Cardenal del Perrón a la hora de la muerte, hizo una pública manifestación de arrepentimiento por haber empleado más tiempo y energías en cultivar su entendimiento por medio de la ciencia, que en perfeccionar su voluntad con los ejercicios de la vida interior (21).

¡Oh!, Jesús, Apóstol por antonomasia: ¿quién se prodigó como tú, cuando vivías entre nosotros? Hoy mismo te das con más abundancia todavía en su vida eucarística, sin dejar jamás el seno de tu Padre.

(20) "Doct. spirit."

(21) "Doct. spirit."

Haz que tengamos siempre presente que tú no querrás saber nada de nuestros trabajos, si no están animados por un principio verdaderamente sobrenatural y hunden sus raíces en tu adorable Corazón.

3. *La Vida interior, base de la santidad del obrero apostólico*

Como la santidad es la vida interior elevada hasta la más perfecta unión de la propia voluntad con la voluntad divina, de ordinario, y salvo un milagro de la gracia, el alma no llega a esa altura, sino después de haber recorrido con múltiples y penosos esfuerzos todas las etapas de la vida purgativa e iluminativa. Hay que advertir que es ley de la vida espiritual, que en el camino de la santificación de un alma, la acción de Dios y la suya siguen una marcha opuesta; a medida que el tiempo pasa, crece el papel de Dios en las operaciones de aquella alma en la proporción en que disminuye el del alma misma.

Dios obra de distinta manera en los perfectos y en los principiantes. Menos visible en éstos, les impulsa ofreciéndoles de este modo un medio eficaz de obtener la gracia para aumentar sus esfuerzos.

En los perfectos obra Dios de un modo más completo y a veces no les exige sino un simple consentimiento, con el cual el alma se une a la acción soberana de Dios. Cuando el Señor quiere atraer hacia sí a un principiante y hasta a un tibio o pecador, comienza por impulsarles a que le busquen; a continuación, a sentir un deseo creciente de agradarle, y, por último, a gozar de todas las ocasiones que se

les presentan, de destronar el amor propio, reemplazándolo con el reinado exclusivo de Jesús. En estos casos, la acción divina se reduce a incitaciones y socorros.

En los santos, esta acción es más poderosa y completa. Al santo, en medio de sus fatigas y sufrimientos, y aunque se encuentre lleno de humillaciones o abatido por la enfermedad, le basta abandonarse a la acción divina para sostenerse. Sin ese abandono sería incapaz de soportar las agonías que, según los designios de Dios, han de acabar de madurarlo. En él tiene plena realización este texto: *Deus subjicit sibi omnia, ut sit Deus omnia in omnibus* (22). De tal modo vive de Jesús, que parece no vivir ya de sí mismo. Es la confesión que hacía San Pablo: *Vivo autem jam non ego; vivit vero in me Christus* (23).

El espíritu de Jesús es el único que piensa, decide y obra en esa alma, y aunque su divinización está lejos de alcanzar la intensidad que le espera en el cielo, su estado refleja ya los caracteres de la unión beatífica.

Huelga advertir que esto no se realiza en el que comienza o en el tibio; ni siquiera en el fervoroso.

Ciertos medios de que Dios se vale, cuadran a estos tres estados: no obstante, el principiante sufre mucho y avanza poco. Su tarea, como les ocurre a los aprendices, no es muy lucida. El fervoroso, en

(22) Dios sometió a su dominio todas las cosas, para ser todo en todos (Cor., XV, 28).

(23) Y yo vivo "ahora", o más bien no soy yo el que vivo; sino que Cristo vive en mí (Gal., II, 20).

cambio, como el artesano experto, ejecuta las obras pronto y bien, y con menores dificultades saca más provecho.

Pero las intenciones de la Providencia con relación a los apóstoles, siempre son invariables, cualquiera que sea su categoría. Dios quiere que las obras sean un medio de santificación, siempre y para todos. La diferencia estriba en que el apostolado no es un peligro para el alma que llegó a la santidad, y lejos de agotar sus fuerzas, le ofrece muchas ocasiones de perfeccionarse y adquirir méritos; en cambio ya hemos visto con qué facilidad produce la anemia espiritual y, como consecuencia, el retroceso en el camino de la perfección de aquellas personas muy flojamente unidas a Dios, en las cuales están poco desarrollados el gusto de la oración, el espíritu de sacrificio y la guarda del corazón.

Dios jamás niega estas disposiciones a quien se las pide con instancia, y le da pruebas reiteradas de fidelidad. Y se las infunde sin tasa al alma generosa que, renunciándose a todas horas, logró transformar paulatinamente sus facultades, haciéndolas dúctiles a las inspiraciones de las alturas y capaces de aceptar con alegría las contradicciones y fracasos, las pérdidas y los desengaños.

Veamos ahora en seis rasgos principales, cómo esa vida interior, infiltrándose en un alma, la establece en la verdadera virtud.

a) LA VIDA INTERIOR ABROQUELA EL ALMA CONTRA LOS
PELIGROS DEL MINISTERIO EXTERIOR

Difficilius est bene conversari cum cura animarum propter exteriora pericula (24). Hemos hablado de este peligro en el capítulo anterior.

Mientras que el obrero evangélico que no tiene vida interior ignora los peligros que las obras llevan consigo, parecido al viajero inerme que atraviesa un bosque lleno de bandidos, el *verdadero apóstol lo teme*, y todos los días se arma de precauciones para evitarlos, por medio de un escrupuloso examen de conciencia que le descubre su flaco.

Aunque la vida interior no tuviese otra ventaja que la de *hacerse cargo* de los peligros, contribuiría a librarnos de las sorpresas del camino, porque peligro previsto es peligro medio evitado; pero su utilidad es bastante mayor. Es la armadura del hombre de obras. *Induite armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli* (25), con la cual el hombre no sólo *resiste a las tentaciones*, y evita las asechan-

(24) Cuando se tiene cura de almas, es más difícil vivir bien, a causa de los peligros exteriores.

Quo amplior atque diffusior actio sacerdotis curati, eo periculosior, et exitiosior, nisi spiritu contemplationis fulciatur (Card. Fischer, "Opusc. de Vit. contempl.")

(25) Revestíos de toda la armadura de Dios, para contrarrestar a las asechanzas del diablo..., para poder resistir en el día aciago, y sosteneros apercebidos en todo. Estad, pues, a pie firme, ceñidos vuestros lomos con el cingulo de la verdad y armados de la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos a "seguir" y "predicar" el Evangelio de la paz: abrazando en todos los encuentros el broquel de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno "espíritu"; tomad también el yelmo de la salud y empuñad la espada "espiritual" (que es la palabra de Dios) (Eph., VI, a. 17).

zas del demonio: *Ut possitis resistere in die malo*, sino que santifica todos sus actos: *Et in omnibus perfecti stare.*

Le ciñe de la *pureza de intención*, con la cual concentra en Dios sus pensamientos, deseos y afecciones, y le impide extraviarse tras las comodidades, placeres y distracciones: *Succinti lumbos vestros in veritate.*

Le reviste de la coraza de la *caridad*, que le da un corazón viril y le defiende de las seducciones de las criaturas, del espíritu del siglo, y de los asaltos del demonio: *Induite lorica m justitiae.*

Le calza con la *discreción* y la *modestia*, para que en todos sus pasos sepa armonizar la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente: *Calceati pedes in praeparatione Evangelii.*

Si Satanás y el mundo intentan inducirle a error con sofismas y falsas doctrinas, o enervar sus energías en el cebo de máximas de relajación, la vida interior les opone el escudo de la *fe*, que hace brillar a los ojos del alma el esplendor del divino ideal: *In omnibus sumentes scutum fidei in quo positae omnia tela nequissimi ignea extinguere.*

El conocimiento de su nada, la solicitud por su salvación, la convicción de la propia y absoluta inutilidad sin el socorro de la gracia, y como consecuencia la oración instante y frecuente, tanto más eficaz cuanto más confiada, son para el alma un casco o yelmo de bronce, contra el cual se estrellan los golpes de la soberbia: *Galeam salutis assumite.*

Así, armado de pies a cabeza, el apóstol puede lanzarse a las obras sin temor, y su celo, inflamado en la meditación del Evangelio y robustecido con el

Pan eucarístico, es la espada con la cual *lucha* contra los enemigos de su alma y conquista una multitud de almas para Cristo: *Gladium spiritus quod est verbum Dei*.

b) LA VIDA INTERIOR REPARA LAS FUERZAS DEL APÓSTOL

Hemos dicho que únicamente el hombre santo, en medio del trajín de sus negocios, y a pesar del roce constante que tiene con el mundo, puede preservar su espíritu interior y dirigir siempre sus pensamientos e intenciones a Dios. Todo desgaste de actividad exterior está en él tan sobrenaturalizado e inflamado de amor, que, lejos de aminorar sus fuerzas, le produce un aumento de gracia. En las demás personas, aunque fervorosas, cuando se han entregado por algún tiempo a las obras, la vida sobrenatural se resiente. Su corazón, preocupado con exceso de hacer bien al prójimo o absorbido por una compasión no del todo sobrenatural hacia las miserias que demandan alivio, lanza a Dios llamaradas no muy puras, porque las oscurece el humo de numerosas imperfecciones. Dios no castiga estas flaquezas con una disminución de su gracia ni es riguroso con estos desfallecimientos, *si ve serios esfuerzos* de vigilancia y oración durante las obras, y que el alma, al terminar el trabajo, corre a El para descansar y reponer sus fuerzas. Ese perpetuo volver a empezar, ocasionado por las interferencias de la vida activa y de la vida interior, alegra su corazón paternal.

Por otra parte, estas imperfecciones de los que luchan van siendo menos profundas y frecuentes, a medida que el alma sabe recurrir sin desmayos a Jesús, siempre dispuesto a decirle: Ven a mí, pobre ciervo jadeante, sediento por la fatiga del camino. Ven a encontrar en la fuente de aguas vivas el secreto de una agilidad desconocida para las carreras que te esperan. Retírate un instante del tráfago de las gentes que no pueden ofrecerte el alimento que tus fuerzas agotadas necesitan: *Venite seorsum et requiescite pusillum* (26).

En la calma y en la paz de que gozarás junto a mí has de encontrar el vigor perdido, y aprenderás también a hacer más, cansándote menos. Elías, agotado y sin esperanzas, sintió, al comer un pan misterioso, volverle las perdidas energías. Así, apóstol mío, para que puedas cumplir esa envidiable tarea de corredor que me plugo imponerte, te ofrezco mi palabra, que es vida, y mi gracia, que es mi sangre, para orientar nuevamente tu espíritu en la dirección de los horizontes celestiales, y renovar un pacto de intimidad entre nuestros corazones. Ven; yo te consolaré de las tristezas y desengaños del viaje, y en el fuego de mi amor volverás a templar el acero de tus resoluciones: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos* (27).

(26) Venid a retiraros conmigo en un lugar solitario, y reposaréis un poquito ("Mar.", VI, 31).

(27) Venid a mí todos los que andáis agobiados por trabajos y cargas, que yo os aliviaré ("Math.", XI, 28). Aprovechando estas llamadas de Nuestro Señor a las almas de buena voluntad queremos subrayar para ellas lo que hemos escrito en la página 271 acerca del aprendizaje de la guarda del corazón.

c) LA VIDA INTERIOR DECUPLICA LAS ENERGÍAS Y MÉRITOS
DEL ALMA

Tu ergo, fili mi, confortare in gratia (28). La gracia es una participación de la vida del Hombre-Dios. Aunque las criaturas poseen una cierta cantidad de fuerza y en cierto sentido puede decirse de ellas que son una fuerza, Jesús es la Fuerza por esencia. En El reside plenamente la Fuerza del Padre, y la Omnipotencia de la acción divina; y su Espíritu se llama Espíritu de Fortaleza.

¡Oh Jesús!, exclama San Gregorio Nacianceno; en Vos está toda mi fortaleza.

Sin Cristo, dice a su vez San Jerónimo, yo no soy sino impotencia.

El Doctor Seráfico, en el Cuarto Libro de su *Compendium theologiae*, enumera los cinco principales caracteres que reviste en nosotros la fortaleza de Jesús.

El primero es una decisión para emprender las cosas difíciles, afrontando los obstáculos con resolución *Viriliter agite et confortetur cor vestrum* (29).

El segundo es el menosprecio de las cosas de la tierra: *Omnia detrimentum feci et arbitror ut sterora* (30).

El tercero es la paciencia en las tribulaciones: *Fortis ut mors dilectio* (31).

(28) Tú, hijo mío, fortifícate en la gracia (II "Tím." II, 1).

(29) Portaos varonilmente y tened buen ánimo. (Ps. XXX, 25).

(30) Todo lo he perdido y lo tengo por basura (Filip. III, 9).

(31) El amor es fuerte como la muerte (Cant. VIII, 6).

El cuarto, la resistencia a las tentaciones: *Tamquam leo rugiens circuit... cui resistite fortes, in fide* (32).

El quinto, el martirio interior, o sea, el testimonio, no de la sangre, sino de la vida, que dice a Jesús: Yo quiero ser todo para Vos, y consiste en combatir las concupiscencias, domar los vicios y trabajar con energía en la adquisición de las virtudes: *Bonum certamen certavi* (33).

A diferencia del hombre exterior, habituado a contar con sus fuerzas, el hombre interior sólo ve en ellas auxiliares útiles, pero insuficientes. El sentimiento de su debilidad y su fe en la Omnipotencia divina, le dan, como a San Pablo, la medida exacta de su fuerza. Al ver los obstáculos que se levantan a su paso, dice con humilde altivez: *Cum enim infirmor, tunc potens sum* (34).

Sin vida interior, dice Pío X, faltan las fuerzas para soportar de continuo las molestias del apostolado, la frialdad y falta de cooperación de los mismos hombres de bien, las calumnias de los adversarios y a veces las envidias de los mismos amigos y compañeros de armas... Sólo una virtud paciente, apoyada con firmeza en el bien, suave y delicada al mismo tiempo, es capaz de vencer o aminorar esas dificultades (35).

(32) El diablo anda como león, rugiendo...; resistidle fuertes en la fe. (Pend. 1.^a, V, 8 y 9).

(33) He peleado buena batalla (II. Tim. IV, 7).

(34) Cuando estoy enfermo, entonces soy fuerte (2, Cor. XII. 10)

(35) Encic. de Pío X. día 11 de junio de 1905, a los Obispos de Italia.

La vida de oración, semejante a la savia que desde el tronco de la vid corre hasta los sarmientos, hace que la vida divina descienda al apóstol para robustecer su *inteligencia*, dando consistencia a su fe. Así hace progresos, porque esta virtud va iluminando su camino con los más vivos resplandores, y avanza con resolución merced al conocimiento que tiene de la ruta que debe seguir, y de la forma de alcanzar su propósito.

Esta iluminación suele ir acompañada de *una energía sobrenatural de voluntad*, tan grande, que hasta los caracteres más débiles y de mayor versatilidad se convierten en ejecutores de los actos más heroicos.

De esta manera, el *Manete in Me* (36), o sea la unión con el Inmutable, con el que es el León de Judá y el Pan de los fuertes, explica la maravilla de aquella constancia invencible y de aquella fortaleza sin igual que, en el apóstol admirable que fue San Francisco de Sales, se unían a la dulzura más exquisita y a la humildad más perfecta. El espíritu y la voluntad se robustecen con la vida interior, porque se robustece el amor, ya que Jesús lo purifica, dirige y aumenta progresivamente, haciéndole participar de los sentimientos de compasión, desinterés y sacrificio de su adorable Corazón. Cuando ese amor llega hasta la pasión, aumenta hasta el máximo las fuerzas naturales y sobrenaturales del hombre, utilizándolas para su provecho.

Fácilmente se comprenderá el crecimiento de los méritos en proporción con las energías que da la vida

(36) Permaneced en Mí (Juan, XV, 4).

de oración, si se tiene en cuenta que el mérito consiste no tanto en practicar actos difíciles, como en la *intensidad de la caridad* con que se practican.

d) LA VIDA INTERIOR PRODUCE ALEGRÍA Y CONSUELO

Sólo un amor ardiente e inquebrantable llena de luz una existencia, porque el amor posee el secreto de dilatar el corazón aun en medio de los grandes dolores y de las fatigas más abrumadoras.

La vida del hombre apostólico es una trama en que se cruzan los sufrimientos y los trabajos. Si no está convencido de que Jesús le ama, qué tristes, qué inquietas y sombrías son sus horas, aun en el de carácter más alegre, a no ser que el astuto e infernal cazador haga brillar a sus ojos el espejuelo de los consuelos humanos y de los éxitos aparentes, para cazar la cándida alondra en sus redes enmarañadas. Únicamente el Hombre-Dios llena el alma de la satisfacción inmensa que la impulsa a lanzar este grito sobrehumano: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra* (37). En medio de mis pruebas más íntimas y duras, dice el apóstol lo más elevado de mí ser, como Jesús en el huerto de Getsemaní, goza de una dicha que, aunque no trasciende a los sentidos, es tan viva, que, a pesar de las agonías de la parte inferior, no la cambiaría por todas las alegrías humanas.

Y el alma acepta las cruces de las pruebas, contradicciones, humillaciones, sufrimientos, pérdidas de

(37) Abundo sobre manera de gozo en toda nuestra tribulación (Cor., VII, 4).

bienes y hasta la muerte de los seres queridos, de muy distinta manera que al principio de su conversión.

Va creciendo en la caridad de día en día. Aunque su amor no tenga fulguraciones y el Maestro la lleve, como a las almas fuertes, por el camino del anodamiento o por los senderos más arduos, de la expiación por sus culpas o las del mundo, poco importa. Con los favores del recogimiento y el alimento de la Eucaristía, su amor va creciendo sin cesar, manifestándose en la generosidad con que el alma se sacrifica y abandona; y en la entrega total de sí misma que la impulsa a ir, sin preocuparse de sus penas, a buscar almas para ejercer con ellas su apostolado, con tal paciencia, prudencia, tacto y discreción, que sólo puede explicarse porque vive ya la vida de Jesús: *Vivit vero in Christus*.

El sacramento del amor debe ser el *sacramento de la alegría*. No puede haber alma interior que no sea eucarística y que no saboree íntimamente el don de Dios, gozando de su presencia y paladeando la dulzura del ser amado que posee y adora.

La vida del hombre apostólico es vida de oración. "La vida de oración, dice el Santo Cura de Ars, es la *dicha mayor de este mundo*. ¡Oh vida maravillosa, Unión encantadora del alma con nuestro Señor! La eternidad será demasiado corta para comprender esta felicidad... La vida interior es un baño de amor en que el alma penetra... sintiéndose como ahogada en el amor... Dios la toma entre sus manos como una madre sostiene la cabeza de su hijo para cubrirle de besos y caricias."

El hombre apostólico conoce también otra clase de dichas. Porque es un *alimento de alegría* contribuir

a que el objeto de su amor sea servido y colmado de honores.

Las obras que practica, al aumentar su amor, hacen crecer al mismo tiempo sus alegrías y sus consuelos. "*Venator animarum*", tiene la satisfacción de contribuir a la salvación de muchos semejantes que hubieran sido condenados, y, como consecuencia, la alegría de consolar a Dios, dándole corazones de que hubiera estado separado eternamente, y el gozo inefable de saber que con ello recibe la seguridad de progresar en el bien y las más sólidas garantías de la gloria eterna.

e) LA VIDA INTERIOR AFINA LA PUREZA DE INTENCIÓN
DEL ALMA

El hombre de fe juzga las obras de manera opuesta al que vive exteriormente. No mira a su aspecto aparente, sino al papel que desempeñan en el Plan divino y a sus resultados sobrenaturales. Por esa razón se consideran como un simple instrumento de Dios, y le horroriza toda complacencia en sus aptitudes personales, apoyándose en su impotencia y en la confianza en Dios para el triunfo de sus empresas.

De esta forma se afianza en el estado de abandono. En medio de sus dificultades, ¡qué distinta actitud la suya a la del hombre apostólico que no conoce la intimidad de Jesús!

Pero ese abandono suyo, en nada disminuye el ardor que pone en sus empresas, porque obra como si el resultado dependiera únicamente de su activi-

dad y, al mismo tiempo, sólo lo espera de Dios (38). Ninguna contrariedad le produce la subordinación de todos sus proyectos y esperanzas a los designios incomprendibles de ese Dios que se sirve muchas veces de los reveses más que de los triunfos para el bien de las almas.

Así el alma se encuentra en una santa indiferencia para los fracasos y los éxitos, dispuesta siempre a decir a Dios: Dios mío, Vos no queréis que termine la obra comenzada. Si os place que yo me limite a obrar con generosidad, aunque siempre en paz, y a esforzarme en realizar mi obra, dejándoos a Vos el cuidado de decidir si recibiréis mayor gloria con esa empresa que con el acto de virtud que su fracaso me obligaría a practicar..., que vuestra santa y adorable Voluntad se cumpla una y mil veces, y que ayudado de vuestra gracia pueda yo arrojar lejos de mí toda vana complacencia si os place bendecir mis obras, o que sepa humillarme y adoraros si vuestra Providencia juzga oportuno anular el fruto de mis fatigas.

Ciertamente que el corazón del apóstol tiene que sangrar a la vista de las tribulaciones que sufre la Iglesia; pero no hay semejanza alguna entre sus sufrimientos y los del hombre que carece de espíritu sobrenatural. La prueba está en la actitud y actividad de éste cuando se presentan las dificultades, y en sus impacencias, abatimiento y desesperación, y, a veces anonadamiento ante las ruinas irreparables. El verdadero apóstol utiliza los triunfos y reveses para aumentar sus esperanzas y ensanchar su alma en el

abandono y la confianza de la Providencia. La más mínima porción de su apostolado suscita en él un acto de fe. En todos los momentos de su trabajo, siempre perseverante, encuentra motivo de practicar un acto de caridad, porque el ejercicio de la guarda del corazón le ha capacitado para hacerlo todo con una pureza de intención cada día más perfecta y con un abandono que convierte su ministerio en más impersonal.

Así, a medida que el tiempo pasa, todas sus acciones van impregnándose más de los caracteres de la santidad, y su amor por las almas, tal vez salpicado de muchas imperfecciones, en un principio, va depurándose, acabando por ver en las almas únicamente a Jesús por no amarlas sino en Jesús, para engendrarlas por Jesús para Dios. *Filioli mei quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis* (39).

f) LA VIDA INTERIOR ES UN ESCUDO CONTRA EL ABATIMIENTO

Esta frase de Bossuet: *Cuando Dios quiere que una obra sea producto exclusivo de su mano, empieza por reñucir todo a la impotencia o a la nada, y obra después*, es incomprensible para el apóstol que ignora lo que debe ser el alma de su apostolado.

Lo que más hiere a Dios es la soberbia. Pero cuando buscamos el éxito, podemos fácilmente, por carecer de pureza de intención, llegar a erigirnos en una

(39) Hijitos míos, de los que otra vez estoy de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gal., IV, 19).

especie de divinidad, considerándonos como el principio y el fin de nuestros actos.

Dios siente horror por la idolatría. Cuando ve que la actividad de su apóstol carece de esa impersonalidad que su gloria exige a sus criaturas, a veces deja el campo libre a las causas segundas, y el edificio no tarda en venirse abajo.

Imaginemos a un obrero activo, abnegado e inteligente que ha puesto manos a la obra con todo el ardor de su naturaleza; que ha conocido el triunfo en toda su brillantez, complaciéndose en él. ¿Por qué no, si es su obra? Podría hacer suya la célebre frase de César: *Veni, vidi, vici*. Pero esperemos un poco. Un acontecimiento permitido por Dios, o la acción directa de Satanás o del mundo vienen a herir su obra o su misma persona, ¡y se sigue la ruina total! Pero más lamentable que esto es el estrago de su espíritu, fruto de la tristeza y anonadamiento de ese desgraciado, que ayer era un valiente. Su abatimiento es tanto más profundo, cuanto más exuberante fue su júbilo.

Sólo Nuestro Señor podría restaurar esas ruinas. "Levántate, le dice a ese apóstol sin alientos, y en vez de obrar por tu cuenta, emprende de nuevo tu trabajo conmigo, por Mí y en Mí."

Pero el desgraciado no puede escuchar esta voz. Se encuentra tan anulado interiormente, tan exteriorizado, que para percibirla sería menester un milagro de la gracia, con el cual no tiene derecho a contar por sus muchas infidelidades. A ese hombre infortunado, en medio de su desolación no le queda sino una vaga convicción de la Omnipotencia de Dios

y de su Providencia paternal; pero eso no basta para disipar las olas de tristeza que van asaltándole continuamente.

¡Qué distinto espectáculo ofrece el verdadero sacerdote que tiene como ideal reproducir a Nuestro Señor! ¡Sus dos grandes palancas para actuar sobre los corazones de Dios y de los hombres, son la oración y la santidad de su vida! Trabajó mucho, acaso hasta el agotamiento; pero el espejismo del éxito le pareció una perspectiva indigna de un verdadero apóstol; si en cambio las borrascas azotan su obra, reflexiona que las causas segundas tienen muy poca importancia. En medio del montón de ruinas, por haber trabajado con Nuestro Señor, siente resonar en el fondo de su corazón el mismo *Noli timere* que durante la tempestad dio a los discípulos pusilánimes, la paz y la seguridad.

Y el resultado de esa prueba es un impulso mayor hacia la Eucaristía y una devoción más íntima a Nuestra Señora de los Dolores.

Así su alma no queda aplastada por el fracaso; al contrario, sale rejuvenecida de su aplastamiento: *Sicut aquilae juvenus renovabitur* (40).

¿Dónde encontrar el secreto de ese humilde triunfo en medio de la derrota? Buscadlo en su unión con Jesús y en la inquebrantable confianza que tiene en su omnipotencia, las cuales pusieron en los labios de San Ignacio de Loyola esta frase que escalofría: "Si la Compañía fuese disuelta sin culpa mía me bastaría un cuarto de hora de oración con mi Dios para

(40) Tu juventud renovará con el vigor del águila (Salmo CII, 5).

recobrar la calma y la paz." "El corazón de las almas interiores, en medio de sus humillaciones y sufrimientos, es como una roca en medio del mar" (41).

Ciertamente el apóstol sufre porque se perderán muchas de sus ovejas al esterilizarse sus esfuerzos y destruirse su obra, pero su tristeza, por amarga que sea, nunca disminuirá su ardor para recomenzar la empresa, porque sabe muy bien que toda redención, aunque sea de una sola alma, se realiza por medio del sufrimiento. Además, basta para sostenerlo la certe-

(41) El Santo Cura de Ars.

¿Serían capaces los hombres de Obras de hacer suyos los sentimientos que el General de Sonís expresó en esta admirable oración que rezaba todos los días, según refiere el autor de su "Vida"?

¡Dios mío! Aquí me tenéis, pobre, pequeño, desnudo de todo. Miradme a vuestros pies sumergido en mi nada.

¡Querría tener algo que ofreceros, pero no soy más que miseria! ¡Vos sois mi riqueza y mi Todo!

Dios mío, os doy gracias porque quisisteis que yo no fuese nada ante Vos. Yo amo mis humillaciones y mi nada. Os doy gracias también por haberme retirado algunas satisfacciones de mi amor propio, y algunos consuelos del corazón. Os doy gracias por los desengaños, las ingratitudes y las humillaciones.

Reconozco que necesitaba esas pruebas, y que los bienes de que me privaron me hubieran alejado de Vos.

Oh, Dios mío, bendito seáis cuando me probáis con la tribulación. Quiero ser constante, sumiso, quebrantado, destruido por Vos. Aniquiladme cada vez más. Que sea yo en el edificio no como la piedra tallada y pulimentada por la mano del obrero, sino como el imperceptible grano de arena cogido del polvo del camino.

Dios mío, os doy gracias por haberme permitido entrever la dulzura de vuestras consolaciones, y por haberme privado de ellas. Todo cuanto hacéis es justo y bueno. Os bendigo en mi indigencia, y lo único que lamento es no haberos amado bastante. Nada deseo sino que se haga vuestra voluntad.

Vos sois mi Dueño, y yo propiedad vuestra. Volvedme y revolvedme. Destruídme y trabajadme. Quiero ser anulado por vuestro amor. Oh Jesús, qué dulce es vuestra mano aun en lo más duro de las pruebas. Sea yo crucificado pero crucificado por vuestro amor. Amén.

za de que los contratiempos y las amarguras sopor-
tados con generosidad, hacen progresar en la virtud
y dan a Dios una gloria mayor.

Por lo demás, sabe perfectamente que Dios, a menudo, le pide únicamente que haga la siembra. Otros vendrán más tarde para recoger los frutos abundantes de la cosecha, y acaso creerán que a ellos se les debe; pero el cielo sabrá discernir al autor, en aquella labor ingrata y estéril en apariencia que precedió a los recolectores. *Misi vos metere quod vos non laborastis; alii laboraverunt et vos in labores eorum introistis* (42).

Nuestro Señor, autor de los triunfos de sus apóstoles, realizados después de Pentecostés, no quiso durante su vida pública, sino lanzar la semilla por medio de sus lecciones y ejemplos; y predijo a sus apóstoles que harían obras mayores que las suyas: *Opera quae ego facio, et ipse faciet, et maiora horum faciet* (43).

¿Cómo va a desanimarse el verdadero apóstol, ni a dejarse arrastrar por las palabras de los pusilánimes? Pretender que los fracasos le condenan a la inacción, es no comprender ni su vida íntima, ni su fe en Jesucristo. Abeja infatigable, va con alegría a hacer nuevos panales en la colmena devastada.

(42) Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros lo labraron y vosotros habéis entrado en sus labores (Juan XV, 5).

(43) Hará las obras que yo hago y mejores que éstas (Juan XIV, 12).